

**LA TEORÍA LITERARIA Y LA FILOSOFÍA  
EN LA HETERONOMÍA DEL LENGUAJE  
UNA LECTURA DECONSTRUCTIVA**

*Olga M. Tiberi*

(Universidad Nacional de Rosario)

**¿De dónde proviene la falta? ¿De qué falta se trata?. Y si fuera el marco. Si la falta formara el marco de la teoría. No su accidente sino su marco...el lugar de la falta en una teoría del marco (Jacques Derrida, La verdad en pintura, p. 55)**

La situación de conflicto entre Teoría Literaria y Filosofía ha tenido su momento inaugural en el planteo propuesto por Aristóteles quien en su 'Poética' delimita el interior y el exterior de la poesía y de la poética, así como el interior y el exterior entre la obra poética y el lenguaje que habla, analiza y estudia dicha obra poética. La deconstrucción derridiana cuestiona esa reductibilidad que deja sin problematizar tal línea divisoria y "se pregunta por el estatuto de ese acto que consiste en separar el discurso mismo de la poética, del discurso poético, del discurso filosófico, del retórico, del político" (ASENSI, en DERRIDA, 1990: 31). Ciertamente, Teoría Literaria y Filosofía recortan su campo de pertinencia en un estatuto metafísico en el que la separación entre interioridad y exterioridad es mantenida, sin sospechas, a pesar de esa indisoluble relación de implicación gestada entre el dominio filosófico y el dominio lingüístico. J Derrida en 'La mitología blanca'<sup>26</sup> pone en evidencia esta indisociabilidad en la estructura misma de la metáfora que, en su carácter ontológico pertenece a la teoría del nombre al que jamás logra reducir a una 'literalidad' absoluta. La metáfora se inscribe, entonces, como filosofema en el trabajo a pura pérdida de una escritura que, en tanto condición de posibilidad del lenguaje, se

---

<sup>26</sup> Cfr. 'La mitología blanca. La metáfora en el texto filosófico', en J. Derrida, *Márgenes de la filosofía*, 2da. Edición, Editorial Cátedra, Madrid, 1994, págs. 247-311. J. Derrida también insiste en esta cuestión en 'El suplemento de la cópula. La filosofía ante la lingüística', *Márgenes de la filosofía*, Op. Cit., págs. 213-245.

constituye en un modo de producción, de articulación y de diferenciación, sin engendrar más que escritura sin posibilidad de fin. “La paradoja de la deconstrucción consiste, -afirma M.Asensi-, en que no siendo una teoría literaria ni una filosofía trabaja en el interior de los fundamentos de ambas”, volviendo “la teoría literaria hacia la filosofía para señalarle su textualidad, su carácter de escritura, correlato lógico de la idea de la no-exterioridad y no invisibilidad del metalenguaje”(ASENSI, en DERRIDA, 1990: 34). A la vez, el discurso filosófico no puede sustraerse a la escritura en tanto ésta le es constitutiva puesto que “el filósofo escribe contra la escritura, escribe -dice J.Derrida- para reparar la pérdida de la escritura, olvidando y negando por ello mismo, al hacer esto, lo que hace por su mano”(DERRIDA,1994,331). La literatura, por su parte y al mismo tiempo, se yuxtapone recordando a ambos discursos la realidad de la que ella misma forma parte: un injerto que no podrá nunca regresar a la pureza original.

Sin embargo, el discurso de la Teoría Literaria y el discurso de la Filosofía muestran entre sí, una suerte de irreductible distancia que vuelve equívoco todo intento de relación. Por tanto, el discurso, aun contrariando el diferendo que resiste y no logra ser opacado por la ambigüedad gestada mediante el prefijo ‘dis’ en la intimidad de la palabra que lo nombra, pretende restituir una cierta unidad logocéntrica a expensas de la materialidad misma de la que se sirve para constituirse como tal, desfundamentando con el atributo de ‘suplemento’ al saber de la literatura. Pero éste, no solo ya ha contaminado, a toda formación discursiva, en la metafóricidad de su lenguaje, sino que, además, en su propia sin-fin-alidad, ha vuelto aporéticas las seguridades del sentido y ha puesto en abismo las arcucias cometidas en beneficio de una definición de verdad única.

Tal vez, pensar la relación entre Teoría Literaria y Filosofía solo pueda ser posible en el escenario de una doble sesión; en ese espesor inexistente de un falso pliegue que simula una instancia fronteriza entre ambos espacios del saber. Uno y otro constituyen un modo disciplinar de la especulación por el cual se intenta una reapropiación del decir del pensamiento que la lengua hace, de manera invariante, imposible. El texto, atravesado por el acontecimiento del lenguaje, opera como lugar de tránsito de la significancia y ésta, en su recorrido indetenible, destituye la

## FACULDADE DE FORMAÇÃO DE PROFESSORES

formalidad de todo régimen de delimitación conceptual, haciendo que cada acto de nominalidad no pueda sino abrirse en la clausura del universo designativo que pretende instaurar.

La objetividad que ambas disciplinas se han procurado para sí, a manera de ingreso en el estamento científico exigido por la Modernidad, les ha asegurado una cierta centralidad<sup>27</sup> cada vez más desplazada y puesta en duda por aquellos márgenes evitados y excluidos en pos de los postulados demandantes de la ciencia. En este aspecto, Teoría literaria y Filosofía constituyen reinscripciones limitadas en un universo determinado por la metafísica de la presencia que clausura la palabra y con ella, el sentido y la verdad, en el orden cerrado del libro. Una y otra, por ese mismo gesto, pretenden demarcar una cierta territorialidad para contener aquella ‘desposesión’<sup>28</sup> irreductible propuesta por la palabra literaria que, una vez en el mundo, “nunca alcanza la delimitación de lo dicho”<sup>29</sup> (CUESTA ABAD, 2000: 23), no se identifica de antemano ni en otro momento con usuario alguno y “con esa condición se convierte en literatura” (DERRIDA, 2001a: 24). Ahora bien, tal querer-contener es, ciertamente, la inquietud de una fuerza que se encuentra, desde

---

<sup>27</sup> Esta centralidad, fuertemente ligada a la noción de estructura, ha sido objeto de un constante perfeccionamiento por parte de las técnicas de análisis textuales ya sean provenientes del estructuralismo, del pragmatismo, de la lingüística del texto o de la teoría estética de la recepción. Esta exacerbación de la importancia de la técnica estaría poniendo de manifiesto, quizá, el grado más alto de consumación de un pensamiento de la metafísica.

<sup>28</sup> Cfr. J. Derrida, A corazón abierto, en ¡Palabra! Instantáneas filosóficas, Editorial Trotta, Madrid, 2001, pág.24. Allí, en diálogo con C.Paoletti, J.Derrida afirma: “...desde el momento en que algo se lanza al mercado literario, ya no viene de mí, no se dirige a ti, la huella se me escapa, cae en el mundo, un tercero dispone de ella, y con esa condición se convierte en literatura, y esa literatura es la que pervierte mi relación contigo...”

<sup>29</sup> Al respecto, J.M.Cuesta Abad, en su prólogo del texto Emmanuel Levinas.Sobre Maurice Blanchot, Editorial Trotta, Madrid,2000, pág.23, expresa: “El lenguaje literario es esa zona de sombra en la que desaparece la autocomprensión conceptual y reflexiva del lenguaje, el espacio donde la palabra nunca alcanza la delimitación de lo dicho (nombrado, definido, concebido) y se retira del otro lado de una opacidad que la extrañeza no hace más que señalar. La palabra poética ‘hace señas’, como indica Levinas empleando una expresión que recuerda el *sêmeinein* de Heráclito. ¿Qué es entonces la literatura?.Lo que aún no *era*, eso que es siempre lo que la obra todavía *está no siendo*: *Es Decir*, la literatura no sería en definitiva más que eso: *es decir*...”.Tal expresión advierte, también en E.Levinas, el juego de la *diferencia* y la *precariedad del verbo ser en su función designativa con respecto del lenguaje literario*. (Las cursivas corresponden al autor).

siempre, omnipresente en el lenguaje, -lugar donde se suele atrincherar toda constitución dogmática-, “sujeta a intereses cada vez más legibles” (DERRIDA, 1997b: 84).

Pensar tal relación, hoy, entonces, no puede hacerse sin el acoso constante de la propia exterioridad -ya interior insoslayable- precisamente porque obviada bajo la performatividad del olvido. Esta falta, como todo lo adeudado, no parece conducir sino a un pensamiento vuelto sobre el azogue de un espejo sin fondo que muestra la precariedad de esa reflexión y con ella, la imposibilidad de ‘presentar’ un marco capaz de limitar su continente. Allí, en ese lugar inaudito algo acontece: tanto la Teoría literaria como la Filosofía, no pueden sustraerse a su condición de incompletud puesto que la literatura como el pensamiento que declara constituirla son desbordados por un punto siempre en fuga que excede las pretensiones de repetición de la mimesis, desajustando todo intento de la representación.

A propósito, y bajo la autoridad del nombre de la mimesis, tanto la literatura como la filosofía no pueden desconocer, en sus respectivos haberes, aquel parricidio que marca sus comienzos. Entonces, Homero, ese viejo padre ciego es condenado porque practica la diégesis mímica y, aunque con los honores debidos a un ser ‘sagrado y maravilloso’, es expulsado de la ciudad, como todo poeta mimético, cuando se exige de él que borre de su texto todos los pasajes políticamente peligrosos. Mientras que el otro padre, Parménides, resulta condenado porque ignora la mimesis, es decir, a causa de que su logos prohíbe la proliferación de los dobles<sup>30</sup>. A menudo, la literatura agujonea a la filosofía con el olvido de esa traición, recordándole, impiadosa, la existencia de ese más allá de la imposición de límites, donde se opera la proliferación significativa de las palabras.

Sin embargo, ambos padres, incriminados, en definitiva, por la mimesis, son puestos a salvo por una escritura que desborda esa

---

<sup>30</sup> Cfr. J.Derrida, La doble sesión, en La diseminación, 2da. edición, Editorial Espiral, España, 1997, pág. 280. Ese doble parricidio se constituye en doblemente inaugural puesto que lo es, a la vez, de la diferencia y de la escritura, por lo que el discurso deberá jugarse siempre en una duplicidad irreductible.

nominalidad. La escritura, también ella desde siempre condenada a la orfandad y por ello, objeto de desconfianza; artificioso suplemento, de dualidad irreductible, sin un adentro donde ocultarse, ni un afuera donde huir, sin más posibilidad que la de seguir adelante en el destierro decretado por los dioses, destituye el concepto de libro e inaugura el andar del texto. En oposición al orden cerrado de la palabra, la escritura propone esa dispersión textual que, exenta del cálculo y de especulaciones interpretativas, pone en crisis la constitución misma del concepto de cifra y de secreto, descriptando lo instituido. En el desfondamiento de esa realidad, la relación de la Teoría Literaria y la Filosofía expone su ambición de universalidad, con la consiguiente caída de las máscaras que encubren y develan al pensamiento identitario, sin que ese gesto implique el encuentro de un rostro verdadero, sino, más bien, de un juego de máscaras. Tanto una como la otra preexisten a esos disfraces que, intencionalmente, visten para llevar a cabo la teatralidad de sus actuaciones. Para ‘soportar’<sup>31</sup> responsablemente la insolencia de una literatura irreverente y contradictoria – siempre ‘irresponsable’- dispuesta a no-querer-decir y a decirlo todo, sin atender “las instancias ya constituidas”(DERRIDA, 2001a: 23), sino en pos de la no-censura y de una democracia por-venir<sup>32</sup>, impredecible y tan imposible de determinar como la proliferación del significado, en ese pensamiento que se arriesga, intempestivo, por los caminos del ‘quizá’.

En la línea muerta de la escritura, el lenguaje, entonces, parece estar más vivo que nunca, puesto que la singularidad de la inscripción corrompe el claustro ontológico del sentido, abriéndolo en esa realidad teatral del simulacro. A propósito, el término teoría se forma en la raíz misma del término teatro, en tanto significado del contemplar, examinar, estudiar. En consecuencia, la teoría conlleva ese atributo de contemplación, meditación y también de especulación sobre algo que ya ha ocurrido y que, por tanto, le resulta inapresable, haciendo vano su intento de representación de una presencia que no

---

<sup>31</sup> Cfr. J.Derrida, La verdad en pintura, Editorial Paidós, Argentina, 2001, pág. 90 y sgtes.

<sup>32</sup> Al respecto, J.Derrida, ha aseverado: “No hay democracia sin literatura, no hay literatura sin democracia”(J.Derrida, Pasiones, cit. por E.Roudinesco en Y mañana qué..., J.Derrida- E Roudinesco, F.C.E., Argentina, 2003, pág.142.

es ni siquiera ausencia, puesto que nunca ha estado presente. La Teoría Literaria y la Filosofía aparecen como máscaras que al borrar las diferencias no hacen más que revelarlas, descubriéndose a sí mismas en tanto formalizaciones, como discursos de encuadre de aquellas generalizaciones que permiten dar cuenta de un cierto campo conceptual que aquello que falta vuelve endeble e inestable.

Una y otra, archivos en tanto lugares en cuyo seno se ambiciona consignar y custodiar el sentido de una verdad originaria, desde siempre duplicada y bifurcada en ese doble cauce del discurso diseñado entre lengua y pensamiento; donde, por añadidura, se pretende acallar y armonizar las disidencias del pólemos en correspondencia con el logos, allí, irrumpe 'lo otro', la literatura, arruinando toda 'homología' y provocando el advenimiento del mundo y de la historia del mundo para inscribir, a ambos, en el espacio político -en el ágora- de una lengua. En este espacio que duplica el duelo, en el debate acerca de lo que nunca se ha tenido, en la discusión de la pérdida misma, la literatura vela -oculta e ilumina, a la vez- un secreto inexistente, en tanto la Teoría Literaria y la Filosofía, ilusionan su primaridad en la tensión de la búsqueda y de indagación de una verdad que las vuelve subsidiarias de un retraso, en un después irreversible. La escritura las invoca en su llamado y en ese 'Ven' hace que el tanto el teórico de la literatura como el de la filosofía sea solo un espectador 'llegado tarde'<sup>33</sup>, a aquel espectáculo que debió dar comienzo al entramado del devenir.

Mientras la literatura y el pensamiento aparecen marcados por la repetición y la donación, en tanto modo de comportarse en relación con algo único o singular, es decir, frente y en aquello que no puede ser reemplazado puesto que la repetición no preexiste a sus máscaras y disfraces, sino que se constituye en ellos; la Filosofía y aun la Teoría literaria, actúan del lado de la generalidad, del

---

<sup>33</sup> Cfr. J.Derrida, Resistencias del psicoanálisis, Editorial Paidós, Bs.As., págs. 59 y sgtes. Allí, el filósofo francés afirma: "...la palabra (...) anunciaba también un cierto retraso, la llegada tardía del filósofo... Es un hecho que la fábrica de los pensamientos es como un oficio de tejedor, (...) en el que los hilos se deslizan invisibles, en el que se forman mil nudos de un solo golpe: el filósofo viene después [éste es el retraso del filósofo, del llegado-tarde que analiza después y del que los estudiantes no aprenderán jamás el secreto del devenir-tejedor, ni, por otra parte, por definición, y a causa de una alergia esencial, ningún secreto], y os demuestra que eso tuvo que ser así..."

## FACULDADE DE FORMAÇÃO DE PROFESSORES

intercambio y la sustitución, trabajando en aquellos dos órdenes señalados por Gilles Deleuze<sup>34</sup>: el orden cualitativo de las semejanzas y el orden cuantitativo de las equivalencias. Esta generalidad de lo particular, tarea de la ley y del concepto, -formas vacías de la diferencia-, irremediamente entra en desacuerdo con aquella repetición como universalidad de lo singular, objeto de la libertad y de la voluntad, y de la diferencia.. Al respecto, F.Nietzsche afirmaba que se debía liberar la voluntad de todo lo que la encadena, convirtiendo la repetición en el objeto mismo de la voluntad, en el doble juego de la perdición y la salvación, de la enfermedad y la salud, en ese juego teatral entre la vida y la muerte que la escritura inscribe.

Entonces, la dicotomía literatura / pensamiento desdibuja su simplicidad y se coimplica; se duplica en una relación quiásmica entre teoría literaria / literatura, y filosofía / pensamiento. La diferencia entre el orden de la generalidad propuesto tanto por la Teoría Literaria como por la Filosofía, estriba en que éstas designan siempre una potencia lógica del concepto y definen su pertenencia al ámbito de la representación, de ese falso movimiento de lo absoluto, mientras que la repetición que da fe de su impotencia y de sus límites reales, ella misma siempre en transgresión, se constituye en el movimiento real de la diferencia.

J.Derrida, abre el texto ‘La doble sesión’<sup>35</sup> con el interrogante ¿qué es la literatura? y su respuesta toma ubicación en un ‘rincón entre la literatura y la verdad, entre la literatura y lo que hay que responder a la pregunta ¿qué es?. En el doblez fingido de esa misma sesión bien podría plantearse el interrogante ¿qué es la filosofía? y la respuesta tomaría ubicación en un ‘rincón entre la filosofía y la verdad, entre la filosofía y lo que hay que responder a la pregunta ¿qué es?. Una y otra acosadas por su responsabilidad ante y por la verdad, esbozan una respuesta conceptual que la extensión misma de lo conceptualizado se encarga de deconstruir. Entonces, la paradoja

---

<sup>34</sup> Cfr. G.Deleuze, Repetición y diferencia, en *Theatrum Philosophicum*, Editorial Anagrama, Barcelona,1995, pág. 49 y sgtes.

<sup>35</sup> ‘La doble sesión’, en J.Derrida, *La disseminación*, Editorial Espiral, 2da. Edición,Madrid,1997, pags.263-427.

progresar en ese intersticio fundado entre literatura y teoría: en la centralidad de ese 'es' que los poetas, manteniéndose "firmes cerca del origen"(DERRIDA, 1998: 377), solo oyen 'transitivamente' en la gratuidad de una donación que no puede sino ser tal de aquello mismo que la filosofía se arroga para sí determinándolo como imperativo propio.

¿Qué es la literatura?. Eso; solo un no-querer-decir. ¿Qué es la filosofía?. Eso, solo un poder-decir. Y entre la negación de ese querer y la afirmación de ese poder se juega el goce del pensamiento, de un pensamiento de la diferencia que exige ser pensado en la nocturnidad de lo instituido pero también en la tachadura misma del presente del verbo ser, en el 'es' que ha asegurado a Occidente, el dominio de aquello que entiende por 'razón' y que avala toda posibilidad de verdad y por tanto, de respuesta de certeza verdadera. De manera que el interrogante '¿qué es?' se constituye en esa pregunta por excelencia que una engañosa voz extranjera dirige desde el interior mismo del discurso que domina, e inquiera en el orden del saber y, -sin rodeos-, por ese saber conceptual que se define en el valor nominal de la indicación realizativa del ser. Ciertamente en aquella voz resuena la nostalgia de la filosofía que añora la unidad de un logos afectada y puesta en discordia, -desorientada-, por las veleidades de la literatura.

La escritura, al poner entre paréntesis el sentido del ser por el cual se releva la certidumbre que alienta todo gesto de apropiación, irrumpe en el edificio arqueológico de la palabra y del paradigma y, deconstruyéndolo, lo echa a andar en las derivas del texto. En esa andadura indiscernible de la diferencia, -lugar de la alteridad-, Teoría Literaria y Filosofía se constituyen en la experiencia misma de un lenguaje que no cesa de arriesgar el cálculo de su juego en la finitud de la doble estrictura de las tensiones textuales que (se) inscriben (en) el infinito; en la intemperie de un sentido siempre por-venir.

Tal vez por ello, la pregunta por la verdad, en la filosofía de M.Heidegger<sup>36</sup> parece surgir en yuxtaposición con la pregunta por el evento. Verdad y evento enuncian un destiempo, en el espacio

---

<sup>36</sup> Cfr. Heidegger, M., Aportes a la filosofía: acerca del evento. Editorial Biblos, Bs. As., 2003, págs. 37 y sgtes., y 270 y sgtes.

mismo entretejido por ambos enunciados puesto que la puntualidad emergente del segundo término contrasta con la demanda de permanencia y estabilidad del primero. Por otra parte y a la vez, esta oposición se mantiene abierta en la interrogación inquisitiva de cada uno de ellos y esa divergencia se hace insaturable en la pregunta misma que no arriba jamás a una respuesta, sino que, por el contrario, provoca una instancia continua del preguntar en la tensión de un continuo proyectar. La imposibilidad de esta juntura ha sido zanjada por una cierta historiografía que ha trabajado la ocurrencia del sentido, desde aquel momento inicial, en que el lenguaje fue ocupado en fijar los límites conceptuales que intentan enquistar el desborde del pensamiento. Esta doble trampa urdida entre el discurso y la filosofía, a espaldas del pensamiento y del lenguaje, no hace más que provocar el pronunciamiento en rebeldía de lo poético.

La literatura, despojada de la centralidad del logos, dice de un modo-otro, proponiéndose como marcha antes que en tanto obra, como ‘destinerrancia’<sup>37</sup> del significado y no como decisión del sentido, como lugar de la heteronomía de un lenguaje donde no se anula la autonomía sino que se provoca su ocurrencia en la sorpresa de lo por-venir. Se enuncia, entonces, la falta, algo ausente que desgasta el sentido de completud y como tal, inaprensible e inaprendida, trastoca todo intento de generalización. La necesidad teorizadora no puede sino instalarse en tanto praxis teórica que desbarata la homogeneidad conceptual, y la atraviesa arrastrando consigo los bordes mismos de la historia que pretenden circunscribirla, haciéndose cargo de esa frontera indecible<sup>38</sup> que, sin embargo, una vez transpuesta no comunica con ningún más allá, sino con la otredad que la constituye.

La vocación diurna de una filosofía recelosa de los posibles monstruos provenientes de su mundo opuesto, formaliza un cosmos, una cosmética que pliega y repliega hasta lograr la uniformidad del

---

<sup>37</sup> Al respecto, J.Derrida, afirma: "...lo mismo que la muerte, la indecibilidad, lo que denomino también la ‘destinerrancia’, la posibilidad que tiene un gesto de no llegar nunca a su destino, es la condición del movimiento de deseo que, de otro modo, moriría de antemano..." .Cfr. J. Derrida, "¡Palabra!-Instantáneas filosóficas, Editorial Trotta, Madrid, 2001, p. 42.

<sup>38</sup> La expresión ‘indecidible’ alude al significado otorgado por J.Derrida, a este término en tanto condición de la decisión y de la ocurrencia del acontecimiento.

concepto y de la teoría. Pero, paradójicamente, este arte del plegado no puede llevarse a cabo más que en la superficie misma de la escritura. Ella en su infinita finitud, ocurre como evento, dejando al descubierto la precariedad de aquello que ella misma afirma. Así, J.Derrida, afirma “cada vez que la filosofía determina el arte, lo domina y lo enclaustra en la historia del sentido o en la enciclopedia ontológica, le asigna una función de médium. Ahora bien, esta no es ambigua. Entre dos opuestos, el tercero puede participar, puede tocar los dos bordes. Pero la ambigüedad de participación no lo agota...”(DERRIDA, 2001: 45). Precisamente, la neutralidad del tercer término constituye ese ‘ello’ que (se) deconstruye, con cierta autonomía del sujeto y del objeto, aunque implicando a ambos en ese roce insidioso que la lengua no cesa de ejecutar en las aristas de las estructuras.

La escritura, al desplazar ese roce, lo redobra en un trazo indecible; la duplicación de esta marca se sustrae a la autoridad del sentido y de la verdad, inscribiendo a ambos en su juego como una pieza o una función, nunca como un acontecimiento ya ocurrido, sino como la ocurrencia misma del acontecer, como una dislocación que la lectura sitúa cada vez, en un lugar, en ese proceso continuo de reescritura.

Estas imposibilidades planteadas hacen que el conflicto no se pueda resolver en una dirección única sin que por ello se tornen en deslegitimadoras de la intención teorizadora; por el contrario, se constituyen en aquello que la interroga en su historicidad, acreditándola como una escritura atenta al acontecimiento como tal; es decir, en su eventualidad y no como el desarrollo de un programa determinado o la actualización de una ley sino como interrogación del régimen de posibilidades. Por el carácter diseminante de la escritura, lo que en ella se dice no se convierte jamás en un significado originario, central o último, lugar propio de la verdad, sino que afirma un no-origen, el lugar vacío que espera ser nombrado en la escritura que lee y hace legible, precisamente aquello que, dejado en la materialidad inscripta, insiste en permanecer en tanto ilegible.

Si la filosofía nace y se sostiene en su vocación teorizadora por excelencia, lugar desde donde instituyó su autoridad nominal y

se ha arrogado el privilegio de dar estatuto epistemológico a todos los campos del saber<sup>39</sup>, esto no lo ha conseguido sino a través de un lenguaje que no ha cejado en su trabajo de arremeter contra los límites prescriptos y atravesando y llevando consigo esos bordes, interpela la seguridad conceptual de la filosofía, enfrentándola a su propia precariedad constitutiva. La escritura en la que la filosofía inscribe su teoría no está constituida más que por un sistema de diferencias impedido de regreso alguno a la autoridad del padre, a la determinación del nombre propio. Esta imposibilidad de unidad original se constituye en condición de posibilidad de una lógica heterónoma de la escritura por la cual ni el pensamiento ni la literatura se dejan atrapar en un nombre único, sino, cada vez, en ruptura con la relación analógica propuesta por la representación. Un entretejido de continuas remisiones construyen el envío del lenguaje, para decir lo que está (siempre) por decir, hacia un porvenir que nunca llega, porque, invariable, la diferencia siempre ‘nómada’, siempre ‘anárquica’,<sup>40</sup> hace posible, de nuevo y otra vez, en esta aparente contingencia del azar, un pensamiento excedentario de toda arbitrariedad significativa.

Sin tomar la responsabilidad por ninguna decisión, la escritura, en una estrategia sin finalidad, disemina aquel “paso del tres al cuatro, del dos a la divisibilidad sin fin y sin fondo” (DERRIDA, 1997a: 59). Allí se recorta un horizonte en el que tanto la Teoría Literaria como la Filosofía, esgrimen las figuras de modelos que, avaladas por el corpus, transfiriéndose desde un pasado, se arrojan la previsibilidad de la respuesta frente a la pregunta continua de una literatura siempre en dispersión textual, sin horizonte en tanto condición de su propio acontecimiento, sin más

---

<sup>39</sup> Sobre este tema en particular, J.Derrida, manifiesta: “Sin renunciar a la filosofía, lo que me ha interesado es devolverles sus derechos a unas cuestiones sobre cuya represión se construyó la filosofía, al menos en lo que tiene de predominante, de hegemónico. Lo que es *hegemónico en la filosofía se constituyó por el desconocimiento, la negación, la marginación de unas cuestiones que algunas obras literarias permiten formular, que son el cuerpo mismo de esos escritos literarios*. He tratado de agudizar la responsabilidad filosófica ante una posibilidad que no es simplemente literaria, pero que también forma parte de los discursos filosófico, jurídico, político, ético: la posibilidad de simulacro, de ficción”(J.Derrida, ¡Palabra! Instantáneas filosóficas, Op.Cit. pág.23.(El subrayado me pertenece)

<sup>40</sup> Las expresiones corresponden a M.Foucault. Cfr. *Theatrum Philosophicum*, Op.Cit, pág.28

anuncio ni anticipación que el simulacro de su propia llegada. Una visita que, invariable, jamás acaba en su lujuria de estremecer los límites que intentan delimitar su escena y la usura de su placer. Entonces, literatura y filosofía deberían poder anunciarse como travesías discursivas de esos bordes y de aquellos límites que pretenden enmarcar sus recorridos y que la escritura deconstruye en su dehiscencia. Una teoría literaria o una teoría filosófica “que no ignore la deconstrucción es una *theoria* que...acude a un tipo de práctica discursiva que, desde un trabajo riguroso, mueve la literatura (y la filosofía) lejos de todo aquello que pretende hipotecarla(s), controlarla(s) o hacerla(s) depender de supuestas ‘verdades externas’” (ASENSI, en DERRIDA, 1990: 78).

#### BIBLIOGRAFÍA

- DERRIDA, J. *La diseminación*. 2ª ed. España: Espiral, 1997.
- . *Resistencias del psicoanálisis*. Bs.As.: Paidós, 1997a.
- . *El tiempo de una tesis*. Barcelona: Proyecto A, 1997,b.
- . *Políticas de la amistad seguido de El oído de Heidegger*. Madrid: Trotta, 1998,
- . *La verdad en pintura*. Bs.As.: Paidós, 2001.
- . *¡Palabra!-Instantáneas filosóficas*. Madrid: Trotta, 2001a.
- LACOUÉ-LABARTHE, P., HILLIS MILLER, J., DE MAN, P. y otros, *Teoría literaria y deconstrucción, con Estudio introductorio de ASENSI. M.* Madrid: ARCO/Libros, 1990
- ROUDINESCO, E. *Y mañana qué...* Argentina: F.C.E., 2003,
- FOUCALUT, M. – DELEUZE,G. *Theatrum Philosophicum – Repetición y diferencia*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- HEIDEGGER,M. *Aportes a la filosofía: acerca del evento*. Bs.As.: Biblos, 2003.
- LEVINAS, E. *Sobre Maurice Blanchot, con prólogo de José M. Cuesta Abad*. Madrid: Trotta, 2000.